

**CATEQUESIS PARA EL TIEMPO
DE LA
MISTAGOGIA**

(Catequistas)

Introducción

Algunas indicaciones del RICA para la etapa de la Mistagogía.

235. Para que los primeros pasos de los neófitos sean seguros, es de desear que en todas estas circunstancias sean ayudados con interés y amistad por la comunidad de los fieles, por sus padrinos y pastores. Póngase todo empeño en conseguir su plena y gustosa integración con la comunidad.

236. Durante todo el tiempo pascual, en las Misas dominicales, resérvese un sitio entre los fieles, especial para los neófitos. Éstos han de procurar asistir a las Misas con sus padrinos. En la homilía y, según la oportunidad, también en la oración universal, téngase en cuenta su presencia.

ÍNDICE

1. Compartir experiencias de la Vigilia Pascual (I). Hacer una rememoración de cada paso, de lo que significa y de sus consecuencias morales y espirituales.
2. Compartir experiencias de la Vigilia Pascual (II). Hacer una rememoración de cada paso, de lo que significa y de sus consecuencias morales y espirituales.
3. Volver sobre el significado del Bautismo con la lectura y el comentario de la homilía de Benedicto XVI en la Vigilia de 2008.
4. Preparación de la Primera Confesión. Sacramento de la Penitencia y Reconciliación.
5. El sacramento de la Unción de Enfermos.
6. Sacramento del Orden Sacerdotal.

Al inicio de cada catequesis rezaremos “el Ofrecimiento de Obras”.

Es una oración también apropiada para iniciar el día.

Podemos proponerles rezarla todos los días nada más levantarse.

*Ven Espíritu Santo
inflama nuestros corazones
en las ansias redentoras del Corazón de Cristo
para que ofrezcamos de veras
nuestras personas y obras
en unión con Él
por la redención del mundo*

*Señor mío y Dios mío Jesucristo
 Por el Corazón Inmaculado de María
 me consagro a tu Corazón
 y me ofrezco contigo al Padre
 en tu Santo Sacrificio del altar
 con mi oración y mi trabajo
 sufrimientos y alegrías de hoy
 en reparación de nuestros pecados
 y para que venga a nosotros tu Reino*

*Te pido en especial
 por el Papa y sus intenciones
 por nuestro Obispo y sus intenciones
 por nuestro Párroco y sus intenciones.*

Al final de cada catequesis se leerán las palabras de san Ambrosio que reproducimos a continuación:

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".

y se rezará:

- Padre nuestro

-Regina Caeli (como estamos en tiempo pascual, aprenderemos esta oración)

Apéndice del Compendio del Catecismo

-Gloria.

Ya no se da la bendición de los catecúmenos al final de la catequesis, pues eran propias para la etapa del catecumenado, ahora ya son neófitos.

Catequesis 1:

Lo que hemos vivido en la Vigilia Pascual. (I)

A) Saludo del presidente y oración inicial

*Ven Espíritu Santo
inflama nuestros corazones
en las ansias redentoras del Corazón de Cristo
para que ofrezcamos de veras
nuestras personas y obras
en unión con Él
por la redención del mundo*

*Señor mío y Dios mío Jesucristo
Por el Corazón Inmaculado de María
me consagro a tu Corazón
y me ofrezco contigo al Padre
en tu Santo Sacrificio del altar
con mi oración y mi trabajo
sufrimientos y alegrías de hoy
en reparación de nuestros pecados
y para que venga a nosotros tu Reino*

*Te pido en especial
Por el Papa y sus intenciones
Por nuestro Obispo y sus intenciones
Por nuestro Párroco y sus intenciones*

B) Catequesis

En estas dos primeras catequesis mistagógicas iremos comentando los momentos más importantes de la celebración de la Vigilia Pascual.

En primer lugar el rito del fuego y el significado del cirio pascual (Liturgia de la luz)

En segundo lugar las Lecturas y los Salmos.

Las lecturas no sólo son un repaso de la Historia Sagrada, son memoria de cómo Dios nos ha salvado a nosotros en la Historia, en etapas progresivas hasta alcanzar el momento culminante donde se realizó la salvación del hombre: Jesucristo, su muerte y su resurrección. Nuestros predecesores han dado fe, y acogido este don de la salvación que Dios les ha ofrecido en la persona de su Hijo. Por esta fe, vosotros mismos quedáis integrados con toda la Iglesia en esta historia. Formamos parte de esta historia. La salvación de Dios dada en la historia llega hasta nosotros. Su Hijo resucitado llega hasta nosotros. Esa es la obra de la fe, que nos abre las puertas del Bautismo.

1ª. LECTURA DEL LIBRO DEL GÉNESIS 1,1-2,2

"Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe; sobre la faz del Abismo, la tiniebla. Y el Aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas... Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. "

-Salmo 103: **Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.**

2ª. LECTURA DEL LIBRO DEL GÉNESIS 22,1-18

"En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole:

-¡Abrahán! El respondió: -Aquí me tienes....

El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán... por no haberte reservado a tu hijo único, te bendeciré, todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido. "

-Salmo 15: **Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.**

3ª. LECTURA DEL LIBRO DEL ÉXODO 14, 15-15,1

"En aquellos días dijo el Señor a Moisés: - ¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los israelitas que se pongan en marcha.....

Aquel día salvó el Señor a Israel... que vio la mano grande del Señor."

-Éxodo 15: **Cantaré al Señor, sublime es su victoria**

4ª. LECTURA DEL LIBRO DE ISAÍAS 54, 5-14

"El que te hizo te tomará por esposa: su nombre es el Señor de los Ejércitos, Tu redentor es el Santo de Israel, se llama Dios de toda la tierra...

Tendrás firme asiento en la justicia. Estarás lejos de la opresión, y no tendrás que temer, y lejos del terror, que no se acercará."

-Salmo 29: **Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.**

5ª. LECTURA DEL LIBRO DE ISAÍAS 55. 1-11

"Así dice el Señor: Oíd, sedimentos todos, acudid todos por agua, también lo que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde....

Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes..."

-Isaías 12: **Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación.**

6ª. LECTURA DEL LIBRO DE BARUC 3, 9-15. 32-4, 4

Escucha, Israel, mandatos de vida, presta oído para aprender prudencia. ¿A qué se debe, Israel, que estés aún en el país enemigo, que envejezcas en tierras extranjeras, que estés impuro entre los muertos, que te cuenten con los habitantes del Abismo?....

¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor!

-Salmo 18: **Señor tienes palabras de vida eterna.**

7ª. LECTURA DEL LIBRO DE EZEQUIEL 36, 16-28

*“Me vino esta Palabra del Señor: Cuando la casa de Israel habitaba en su tierra...
Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará, y os daré un corazón nuevo, y
os infundiré un espíritu nuevo ... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.”*

-Salmo 50: **Oh Dios, crea en mí un corazón puro**

• **EPÍSTOLA:**

LECTURA DE LA CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS ROMANOS 6, 3-11

“Hermanos: Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva....

Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.”

ALELUYA

Salmo 117: **Aleluya, aleluya, aleluya**

• **EVANGELIO:**

+ **LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 28, 1-10**

“En la madrugada del sábado. Al alborar el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro....

...¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. HA RESUCITADO.”

C) Oración antes del Padre Nuestro:

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".¹

-Rezamos el Padre nuestro

-Regina Caeli

V.-Reina del cielo alégrate;

R.-Aleluya

V.-Porque el Señor a quien has merecido llevar;

R.-Aleluya.

¹ SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística nº65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág.121

V.-Ha resucitado según su palabra;
R.-Aleluya.

V.-Ruega al Señor por nosotros;
R.-Aleluya.

V.-Gózate y alégrate, Virgen María; aleluya.
R.-Porque verdaderamente ha resucitado el Señor; aleluya.

Oremos

Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
has llenado el mundo de alegría,
concédenos, por intercesión de su Madre,
la Virgen María,
llegar a alcanzar los gozos eterno.
Por nuestro Señor Jesucristo.
Amén.

-Gloria.

Catequesis 2:

Lo que hemos vivido en la Vigilia Pascual. (II)

A) Saludo del presidente y oración inicial

La oración inicial como en la Catequesis 1, Pág. 3

B) Catequesis

En esta segunda catequesis recordaremos y comentaremos:

1. El rito del Bautismo (Liturgia bautismal): el canto de las letanías mientras iban hacia el Baptisterio, las renunciaciones a satanás y la profesión de fe, la efusión del agua, la imposición de la túnica blanca y la entrega del cirio encendido.

2. La Confirmación, con la invocación del Espíritu Santo con las manos del Obispo extendidas sobre ellos, la unción con el Santo Crisma y el beso de la Paz.

3. La Liturgia Eucarística, explicando lo que significa la Eucaristía y las disposiciones interiores y exteriores para recibir la Comunión.

Os incluimos lo más significativo de las catequesis mistagógicas de San Cirilo de Jerusalén, doctor de la Iglesia, y obispo de Jerusalén en el siglo IV. Impartió estas catequesis a los neófitos de Jerusalén, en el año 348.

1. Liturgia Bautismal

Despojo del vestido

Nada más entrar os despojasteis de la túnica. Y esto era una imagen de que os despojabais del hombre viejo, junto con sus obras. Una vez despojados, estabais desnudos, imitando también en esto a Cristo, al que desnudaron en la cruz; con su desnudez despojó a los principados y potestades, y triunfó públicamente en la cruz². Dado que los poderes enemigos se ocultaban en vuestros miembros, no os está permitido continuar llevando aquella túnica vieja. No me refiero en absoluto esta túnica que se percibe por los sentidos, sino al hombre viejo, que se corrompe en su concupiscencia seductora³. Ojala el alma no vuelva a revestirse más de él, una vez que se despojó, sino que diga como la esposa de Cristo en el Cantar de los Cantares: *Ya me quité la túnica, ¿cómo me la volveré a vestir?*⁴ ¡Qué maravilla! Estabais desnudos a la vista de todos, y no os avergonzabais⁵. Realmente imitabais primer padre Adán, que estaba desnudo en el paraíso y no sentía vergüenza⁶.

² Cf. Colosenses, 2, 15.

³ Cf. Efesios 4,22

⁴ Cantar de los Cantares 5,3

⁵ San Cirilo de Jerusalén busca en la ceremonia de despojarse de la ropa la analogía con otros misterios de la Revelación divina, y sentidos morales; pero la razón primera y real de desnudarse era que tenían que sumergirse

Unción

Después de despojaros, con óleo exorcistado se os ungió desde los pelos de la coronilla hasta abajo, y fuisteis hechos partícipes del olivo bueno, que es Jesucristo. Porque, cortados del olivo silvestre, habéis sido injertados en el olivo bueno, y os han hecho partícipes del óleo del olivo verdadero⁷. El óleo exorcistado, pues, era símbolo de la participación del óleo de Cristo⁸, que es lo que ahuyenta toda huella del poder enemigo. De modo semejante a como la insuflación de los santos y la invocación del nombre de Dios quema y ahuyenta a los demonios -igual que una llama violentísima-, así también este óleo exorcistado, con la invocación de Dios y la plegaria, alcanza tanto poder que no sólo purifica con fuego las huellas de los pecados, sino que además ahuyenta todas las fuerzas invisibles del demonio.

Triple inmersión y fe trinitaria

Luego os llevaron de la mano a la piscina santa del divino bautismo, como condujeron a Cristo desde la cruz hasta el sepulcro, que está delante. A cada uno se le preguntó si creía en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y confesasteis la fe que salva, y os sumergisteis por tres veces⁹ en el agua, y volvisteis a salir; dando a entender allí de forma simbólica los tres días en que Cristo estuvo sepultado. Pues así como nuestro Salvador pasó tres días y tres noches en el seno de la tierra, de igual modo vosotros en la primera salida imitabais el primer día que Cristo estuvo enterrado, y con la inmersión, la noche. Y lo mismo que el que se mueve en la noche, no ve, mientras que quien camina de día se mueve luz, así durante la inmersión no veáis nada, como en la noche, mientras que al salir os encontrabais como a la día. Y en el mismo instante moristeis y volvisteis a nacer; y aquel agua de salvación fue para vosotros sepultura y seno materno. Se podría adaptar a vuestro caso lo que dijo Salomón con otro motivo, puesto que dijo: *Tiempo de nacer y tiempo de morir*¹⁰; aunque para vosotros, al revés: tiempo morir y tiempo de nacer. En un tiempo único se realizaron ambas cosas; coincidiendo con la muerte, ocurrió vuestro nacimiento.

en el agua. Ése es el significado del verbo bápto o baptizo y por eso se quitaban la túnica. Por lo demás, esto se hacía con la máxima delicadeza, atendiendo a la dignidad de la persona humana y a los requerimientos de la modestia, dentro de la condición de cristianos. Con el tiempo, la Iglesia fue introduciendo, hasta quedar en la práctica como forma casi exclusiva el bautismo por infusión. No obstante, en el derecho de la Iglesia estaban reconocidas como maneras de bautizar la inmersión, la infusión y la aspersion. El código de Derecho Canónico de 1983 reconoce únicamente la inmersión y la infusión (c 854)

⁶ Cf. Génesis 2,25

⁷ Cf. Romanos 11,17-24

⁸ Esta unción total quiere expresar el “cristianarse” puesto que Cristo es lo mismo que “Ungido” (Christós) y la unción se hace con óleo que se exprime del fruto del olivo. Cristo es el olivo verdadero y el cristiano participa del óleo de Cristo. Cristo fue ungido por el Espíritu Santo, no por manos humanas, mientras que el rito de la unción sensible con óleo exorcizado significa la unción espiritual del carácter sacramental y de la gracia.

⁹ El sacramento del Bautismo se administra en el nombre y virtud de la Trinidad: Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y la triple inmersión reviste la significación de la fe trinitaria.

¹⁰ Quolet, 3,2

El misterioso nacimiento

¡Qué cosa tan extraña y maravillosa! En realidad no hemos muerto, ni fuimos realmente sepultados, ni hemos resucitado estando crucificados de veras; pero aunque la imitación ha sido en imagen, la salvación es de verdad. Cristo es el que fue crucificado de verdad, y sepultado de verdad, y resucitó realmente; y todas estas cosas se nos han dado por gracia, para que, participando de sus padecimientos por imitación, obtengamos realmente la salvación. ¡Inmenso amor al hombre! Cristo sufrió el dolor al ser clavados sus manos y sus pies inocentes; y por la comunicación de su sufrimiento, a mí, que ni he sufrido ni he soportado los trabajos, se me regala la salvación.

Riqueza del bautismo

Que nadie piense que el bautismo sirve únicamente para el perdón de los pecados y la gracia de la adopción filial; como era el caso del bautismo de Juan, que sólo otorgaba el perdón de los pecados. Nosotros sabemos perfectamente que, igual que purifica los pecados y dona el Espíritu Santo, es también imagen de los padecimientos de Cristo; por esto decía Pablo, como hemos escuchado hace poco: ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para unirnos a su muerte? *Pues fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo para unirnos a su muerte*¹¹

Lo decía por aquellos que tienen disposición de considerar el bautismo como instrumento de la remisión de los pecados y de la adopción; pero no de participar además imitando los padecimientos reales de Cristo¹²

Injertados en Cristo

Para que aprendamos que todo cuanto soportó Cristo lo padeció, no en apariencia, sino de verdad, por nosotros y por nuestra salvación y que nosotros hemos sido hechos partícipes de sus padecimientos, clamaba Pablo con todo rigor: *Porque si hemos sido injertados en él con una muerte como la suya, también lo seremos con una resurrección como la suya.*¹³

Está perfectamente dicho lo de injertados en él. Dado que aquí está plantada la vida verdadera, nosotros nos hemos hecho también injertos suyos por la participación bautismal de su muerte. Pon atención con toda el alma en las palabras del Apóstol. No dijo: si hemos sido injertados en su muerte, sino con una muerte como la suya. Porque en Cristo la muerte se produjo realmente, ya que el alma se separó realmente de su cuerpo; y también fue real la sepultura, ya que su cuerpo santo fue envuelto en

¹¹ Romanos 6, 3-4

¹² San Cirilo destaca que el Bautismo no solo limpia el pecado y otorga la gracia, sino que tiene un valor añadido que no se puede ignorar: la participación en los sufrimientos de Cristo, Esta participación se puede ver en el símbolo sacramental -morimos con Cristo y resucitamos con Él-; pero parece que la insistencia exige algo más, y la «imitación de los padecimientos reales de Cristo» pide en el cristiano un verdadero espíritu de mortificación, el amor a la cruz redentora.

¹³ Romanos 6,5.

una sábana limpia¹⁴ y todo en Él sucedió realmente. En vosotros, sin embargo, la muerte y los padecimientos son una semejanza; aunque la salvación no es semejanza sino realidad.

Fidelidad

Habiendo sido instruidos suficientemente en estas cosas, os exhorto a que las retengáis en la memoria, para que yo también, aunque indigno, pueda decir de vosotros: Os amo porque en todo os acordáis de mí, y mantenéis las tradiciones *como os las transmití*¹⁵. Dios, que os presentó como vivos de entre los muertos¹⁶, puede concederos que caminéis en la novedad de vida¹⁷. A El la gloria y el poder, ahora y por los siglos. Amén.

2. La Confirmación

Esta participación en los misterios de Cristo comienza la efusión del Espíritu Santo, invocada en la oración, otorgado en la crismación. El Espíritu Santo que fue otorgado visiblemente a Jesús al salir de las aguas del Jordán y que lo “condujo” a lo largo de su vida pública hasta la cruz, hasta alcanzar en la cruz la perfección del amor a Dios y a los hombres, es el mismo que se otorga a los neófitos. Y se les entrega con el fin de que en el mismo camino de perfección del amor se unan más y más a su Maestro y Señor. Y así, con Cristo, sean testigos del amor de Dios hasta la muerte.

El Espíritu Santo

Bautizados en Cristo y revestidos de Cristo, habéis venido a ser conformes con el Hijo de Dios. Porque habiéndonos predestinado Dios a la adopción de hijos, nos conformó al cuerpo glorioso de Cristo. Hechos, por tanto, partícipes de Cristo, con razón os llamáis cristos; de vosotros dice Dios: ¡No toquéis a mis ungidos! Pero habéis llegado a ser cristos al recibir el anticipo del Espíritu Santo; y todo ha sucedido en vosotros a manera de imagen, porque sois imagen de Cristo. También Él, bautizado en el río Jordán, y después de transmitir a las aguas la fragancia de la divinidad, salió de ellas, y le sobrevino una irrupción sustancial del Espíritu Santo, reposando sobre el igual el que es igual¹⁸. También a vosotros que salíais de la piscina de corrientes sagradas se os dio el crisma, el antitipo de Cristo. Ésta es el Espíritu Santo, del que, en la profecía que a Él se refiere, dice el bienaventurado

¹⁴ Cf. Mt 27,59

¹⁵ 1 Corintios 11,2

¹⁶ Cf. Romanos 6,13

¹⁷ Cf. Romanos 6, 4

¹⁸ Cualquier traducción se queda corta -es insuficiente- para abarcar el misterio inefable de la Trinidad, si se quiere expresar la unidad de esencia y la trinidad de personas; la traducción común sería «seInejante», pero parece distar más de la complejidad del misterio. Basándonos en Homero, que usa homotos con significación de «igual», preferimos esta traducción; no recoge la distinción real de las personas, pero destaca la unidad de esencia en la divinidad, evitando la «semejanza», que evoca el arrianismo (cf. Cat. 4, 7, y Cat. 11, 4.18).

Isaías persona del Señor: El Espíritu del Señor está sobre porque me ha ungido; me ha enviado para llevar la buena noticia a los pobres.

Unción de la divinidad

Cristo no fue ungido con óleo o unguento material por los hombres, sino que fue el Padre quien, al designarlo Salvador de todo el mundo, lo ungió con el Espíritu Santo, como afirma Pedro: A Jesús de Nazaret, a quien ungió Dios con el Espíritu Santo y el profeta David clamaba con estas palabras: Tu trono, ¡oh Dios!, es por siempre, sin fin; cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Amas la justicia y odias la impiedad; por eso te ha ungido Dios, tu Dios; con óleo de alegría, más que a tus compañeros. Y así como Cristo fue realmente crucificado y sepultado, y resucitó, y por el bautismo vosotros -en semejanza- fuisteis considerados dignos de ser también concrucificados y consepultados y conresucitados con Él, lo mismo sucede con el crisma. Él fue ungido con óleo espiritual de alegría, es decir, con el Espíritu Santo, llamado óleo de alegría porque Él es la causa de la alegría espiritual; a vosotros se os ha ungido con óleo perfumado, hechos partícipes de Cristo¹⁹ y viviendo en comunión con Él.

Igual que Cristo venció al adversario después del bautismo y la irrupción del Espíritu Santo, vosotros también, después del sagrado bautismo y del crisma místico, revestidos de la armadura completa del Espíritu Santo, podéis estar firmes contra el poder enemigo y vencerlo, diciendo: “*Todo lo puedo en Cristo que me conforta*”²⁰,

La Liturgia Eucarística. El Bautismo y el don del Espíritu Santo abren las puertas de la mesa eucarística.

San Cirilo, en su catequesis mistagógica 4ª “sobre la Eucaristía” nos dice:

La fe en la Eucaristía

También esta enseñanza del bienaventurado Pablo es suficiente para daros la plena certeza sobre los divinos misterios, de los que se os ha considerado dignos, viniendo a ser concorpóreos y consanguíneos de Cristo. Él proclamaba hace un momento: Porque en la noche en que era entregado nuestro Señor Jesucristo, tomó pan, y dando gracias, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo. Y tomó el cáliz, dio gracias, y dijo: Tomad, bebed, ésta es mi sangre. Si Él declara y dice sobre el pan: Esto es mi cuerpo, ¿quién se atreverá ya a dudar? Y si Él afirma y dice: Esta es mi sangre, ¿quién dudará jamás, sosteniendo que no es su sangre?

¹⁹ En la profunda explicación del Sacramento de la Confirmación se ve con claridad el esquema del catequista: El Espíritu Santo es el santificador, Cristo en cuanto hombre es el paradigma, y el crisma es el instrumento, tipo o imagen de la santidad interior producida en el alma -como en el alma de Cristo- por el Espíritu Santo.

²⁰ Filipenses 4,13.

El milagro de Caná

En cierta ocasión convirtió el agua en vino²¹, que se parece a la sangre, en Caná Galilea. ¿Y no será digno de fe al convertir el vino en sangre? Invitado a una boda de los cuerpos, realizó milagrosamente esta maravilla. ¿Y no habrá que confesar con mucha razón que ha regalado a los hijos del esposo el disfrute de su cuerpo y de su sangre?

Cristóforos

Por esa razón, plenamente convencidos, recibámoslo como cuerpo y sangre de Cristo. Porque en forma de pan se te da el cuerpo, y en forma de vino se te da la sangre²², para que al tomar el cuerpo y la sangre de Cristo te hagas concorpóreo y consanguíneo suyo. Así es como vinimos a ser portadores de Cristo, al repartirse su cuerpo y su sangre por nuestros miembros. De este modo, según el apóstol Pedro, venimos a ser partícipes de la naturaleza divina.

Necesidad de la Eucaristía

En cierta ocasión discutía Cristo con los judíos, y les dijo: *Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros*²³. Ellos no entendieron con sentido espiritual lo que les decía, y se echaron atrás escandalizados, pensando que los inducía a la antropofagia.

Los panes de la proposición

También en la Antigua Alianza existían los panes de la proposición; y al ser de la Antigua Alianza, desaparecieron. En la Nueva Alianza tenemos un pan celestial y una copa de salvación, que santifican el alma y el cuerpo. Pues igual que el pan es proporcionado al cuerpo, así el Logos guarda también proporción con el alma.

Fe en la presencia real

No los tengas como pan y vino sin más; según la declaración del Señor son Cuerpo y Sangre de Cristo. Y aunque el sentido te sugiera eso, la fe debe darte la certeza. No juzgues del hecho por lo que te dicte el gusto, sino que, después de ser considerado

²¹ Es conocido como característico del autor de estas catequesis mistagógicas, el recurso pedagógico al suceso de las bodas Caná, cuando Jesucristo convirtió el agua en vino a instancias de su madre; y la observación vale para explicar que, lo mismo que pudo convertir el agua en vino aquel día, podía convertir el vino en su Sangre o el pan en su Cuerpo. El Señor iba preparando a los apóstoles para los momentos decisivos de la Eucaristía, de la Cruz y de Pentecostés, con enseñanzas y hechos que entraban por los ojos y se grababan en su corazón.

²² Hemos puesto también como epígrafe del párrafo el término cristóforos, que evoca el theophóros de Ignacio de Antioquía y lo incluye (cf. Carta a los efesios 9, 2), adquiriendo en este texto una intensidad expositiva inusitada, puesto que se juntan la «fe» firme («plenamente convencidos»), y el «contenido» del sacramento («se te da el Cuerpo de Cristo en forma de pan, se te da la Sangre de Cristo en forma de vino»), para venir a ser concorpóreos y consanguíneos-cristóforos- y como empapados de Cristo al repartirse por nuestro cuerpo los elementos sacramentales que contienen el Cuerpo y Sangre de Cristo.

²³ Jn 6,53

digno del cuerpo y sangre de Cristo, estate plenamente convencido desde la fe, sin dudar.

Siempre de blanco

Por eso, también Salomón da a entender esta gracia, y dice en el Eclesiastés: *Ven, come tu pan con alegría* (el pan espiritual. Ven designa la vocación que salva y da la felicidad), y *bebe tu vino con buen corazón* (el vino espiritual), y *que se derrame el óleo sobre tu cabeza* (¿ves cómo él alude al crisma místico?), *lleva siempre ropas blancas, porque el Señor se ha complacido en tus obras*²⁴. Antes de que te acercaras a la gracia, tus obras eran *vanidad de vanidades*²⁵ Pero al despojarte del vestido viejo y revestirte del que es espiritualmente blanco, es necesario que estés siempre vestido de blanco. De ningún modo queremos decir que debes vestir siempre ropa blanca, sino que es preciso que estés revestido de lo que es realmente blanco y brillante y espiritual²⁶, para que digas como el bienaventurado Isaías: *Mi alma se alegra en mi Dios, porque me ha vestido con ropaje de salvación, y me ha envuelto con manto de júbilo*".²⁷

La Eucaristía, Cuerpo y Sangre de Cristo

Con esta enseñanza estás firmemente convencido de que lo que parece pan -aunque el gusto lo sienta así-, no es pan sino el cuerpo de Cristo; y lo que parece vino -aunque el gusto lo determine así-, no es vino sino la sangre de Cristo. El salmista David había hablado antiguamente de esto, como *del pan, que da fuerza al corazón del hombre, y el aceite que alegra su rostro*²⁸. Así pues, fortalece en la fe tu corazón cuando comas este pan, que da alimento espiritual y alegra el rostro de tu alma. Quiera Dios que tú -con el rostro descubierto en una conciencia pura y viendo como en un espejo la gloria del Señor -camines de gloria en gloria. En Cristo Jesús, Señor nuestro, para quien es el honor y el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén

San Cirilo de Jerusalén. Catequesis. Editorial Ciudad Nueva. Madrid 2006.

Os invitamos a que leáis y comentéis las oraciones litúrgicas que el día de la Vigilia Pascual pronunció el obispo. Quizás en aquel momento pasaron desapercibidas, pero ahora podemos leerlas despacio.

Oración en el baptisterio:

Que tu eficacia, Dios todopoderoso y eterno, se manifieste en estos sacramentos, obra de tu amor. Que el espíritu de adopción descienda sobre los

²⁴ Qo 9,7 ss

²⁵ Qo 1,2

²⁶ Recuerda la disposición esencial del alma para comulgar: nunca se puede recibir el Cuerpo de Cristo en pecado mortal; para comulgar bien, antes es necesaria la gracia de Dios.

²⁷ Isaías 61,10

²⁸ Salmo 103, 15

nuevos hijos que van a nacer de la fuente bautismal. Que tu poder dé eficacia a la acción de tu ministro. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Cuando el celebrante mete el cirio pascual en el agua, prosigue:

Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu Santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente, para que los sepultados con Cristo en su muerte por el Bautismo, resuciten con Él a la vida. Por Jesucristo, nuestro Señor, Amen

Oración de la vestidura blanca:

N, N, sois ya nueva criatura y habéis sido revestidos de Cristo; recibid, pues, la vestidura que habéis de llevar limpia de mancha ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar la vida eterna.

Oración de la entrega del cirio encendido:

Habéis sido transformados en luz de Cristo. Caminad siempre como hijos de la luz, a fin de que, perseverando en la fe, podáis salir con todos los santos al encuentro del Señor.

El celebrante, imponiendo las manos sobre los que van a ser confirmados, dice:

*Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que regeneraste, por el agua y el Espíritu Santo,
a estos siervos tuyos
y los libraste del pecado,
escucha nuestra oración
y envía sobre ellos el Espíritu Santo Paráclito:
llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia,
de espíritu de ciencia y de piedad,
y cólmalos del espíritu de tu santo temor.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.*

C) Oración antes del Padre Nuestro

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".²⁹

Se rezan las oraciones del Padre Nuestro, Regina Caeli y Gloria.

²⁹ SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística nº65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág. 121

Catequesis 3:

Vigilia Pascual en la Noche Santa

Homilía de su Santidad, Benedicto XVI

A) Saludo del presidente y oración inicial

La oración inicial como en la catequesis 1, Pág. 3

B) Catequesis

En esta catequesis vamos a leer y comentar las palabras de Benedicto XVI en la vigilia pascual del año 2008. Hace unos años en una vigilia similar a la que tuvimos nosotros hace unos días, el Papa pronunció una homilía que nos puede ayudar mucho.

Basílica Vaticana
Sábado Santo 22 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En su discurso de despedida, Jesús anunció a los discípulos su inminente muerte y resurrección con una frase misteriosa: “*Me voy y vuelvo a vuestro lado*” (Jn 14,28). Morir es partir. Aunque el cuerpo del difunto aún permanece, él personalmente se marchó hacia lo desconocido y nosotros no podemos seguirlo (cf. Jn 13,36). Pero en el caso de Jesús existe una novedad única que cambia el mundo. En nuestra muerte el partir es una cosa definitiva, no hay retorno. Jesús, en cambio, dice de su muerte: “*Me voy y vuelvo a vuestro lado*”. Justamente en su irse, él regresa. Su marcha inaugura un modo totalmente nuevo y más grande de su presencia. Con su muerte entra en el amor del Padre. Su muerte es un acto de amor. Ahora bien, el amor es inmortal. Por este motivo su partida se transforma en un retorno, en una forma de presencia que llega hasta lo más profundo y no acaba nunca.

En su vida terrena Jesús, como todos nosotros, estaba sujeto a las condiciones externas de la existencia corpórea: a un determinado lugar y a un determinado tiempo. La corporeidad pone límites a nuestra existencia. No podemos estar contemporáneamente en dos lugares diferentes. Nuestro tiempo está destinado a acabarse. Entre el yo y el tú está el muro de la alteridad. Ciertamente, amando podemos entrar, de algún modo, en la existencia del otro. Queda, sin embargo, la barrera infranqueable del ser diversos. Jesús, en cambio, que a través del amor ha sido transformado totalmente, está libre de tales barreras y límites. Es capaz de atravesar no sólo las puertas exteriores cerradas, como nos narran los Evangelios

(cf. Jn 20, 19). Puede atravesar la puerta interior entre el yo y el tú, la puerta cerrada entre el ayer y el hoy, entre el pasado y el porvenir.

Cuando, en el día de su entrada solemne en Jerusalén, un grupo de griegos pidió verlo, Jesús contestó con la parábola del grano de trigo que, para dar mucho fruto, tiene que morir. Con eso predijo su propio destino: no se limitó simplemente a hablar unos minutos con este o aquel griego. A través de su Cruz, de su partida, de su muerte como el grano de trigo, llegaría realmente a los griegos, de modo que ellos pudieran verlo y tocarlo en la fe. Su partida se convierte en un venir en el modo universal de la presencia del Resucitado, en el cual Él está presente ayer, hoy y siempre; en el cual abraza todos los tiempos y todos los lugares. Ahora puede superar también el muro de la alteridad que separa el yo del tú. Esto sucedió con Pablo, quien describe el proceso de su conversión y Bautismo con las palabras: *“vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”* (Ga 2, 20). Mediante la llegada del Resucitado, Pablo ha obtenido una identidad nueva. Su yo cerrado se ha abierto. Ahora vive en comunión con Jesucristo, en el gran yo de los creyentes que se han convertido –como él define– en “uno en Cristo” (Ga 3, 28).

Muchas veces hemos insistido en que la vida cristiana consiste básicamente en la relación personal con Cristo. El cristianismo es Cristo. Y hemos traído palabras de san Ambrosio o de san Agustín para repetir esta idea desde el comienzo del Pre-catecumenado. Hoy, de nuevo, os proponemos las palabras de un santo, San Felipe Neri, que fue llamado el “Apóstol de Roma”, contemporáneo de San Ignacio de Loyola y de S. Carlos Borromeo. De san Felipe Neri, son estas palabras: “Quien quiere otra cosa que no sea a Cristo, no sabe lo que quiere; quien pide otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que pide; quien no obra por Cristo, no sabe lo que hace”. Esta centralidad de la persona de Cristo para los cristianos es evidente en los evangelios. La vida de los discípulos gira en torno a él. Desde que fueron llamados su vida consiste en estar con él, en aprender de él, en escucharle y acompañarle: “Venid conmigo”, son las primeras palabras de la llamada, que encierran todo lo que los discípulos pueden esperar: a Jesús, el hombre en el que depositan su fe, al que aman y en el que esperan. Por eso es muy fácil entender el aturdimiento y la oscuridad que debieron sufrir los discípulos cuando vieron a su maestro muerto en la cruz.

Es muy fácil de penetrar en el espíritu abatido y confuso que traslucen, por ejemplo las palabras de los discípulos de Emaús. El primer domingo, de madrugada, las mujeres habían ido al sepulcro y lo habían visto vacío. Habían vuelto del sepulcro diciendo, incluso que habían visto una aparición de ángeles que decían que Jesús vivía. También Pedro y Juan se habían acercado a comprobar lo que decían las mujeres. Había visto la tumba vacía, pero nada más. A pesar de lo cual, el hecho de la muerte de Jesús se les presenta como algo tan definitivo que estos dos discípulos se vuelven a su casa y a su antigua vida, defraudados y confundidos. Y en su triste vuelta comentan cómo ha sido condenado a muerte y crucificado. Y concluyen con estas palabras: “nosotros esperábamos que él fuera el

futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto” (Lc 24,21). Los discípulos no entendían un cristianismo sin Cristo. Y hoy tampoco nosotros lo entendemos. Y lo que es más: tampoco Jesús entiende el cristianismo como algo que funda y que deja luego en la historia más o menos lejos de él. Tampoco él entiende su vida alejado de aquellos a los que ha llamado para que estén con él. San Marcos recalca, en su evangelio, que Jesús llamó a los discípulos para que estuviesen con él y para mandarlos a predicar. Y en el evangelio que escucharéis en el quinto domingo de cuaresma escucharemos de labios de Jesús unas palabras muy cercanas a las que cita aquí el Papa. Antes de ser apresado, les dice a los suyos: “me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros” (Jn 14,2-3). Tampoco hoy Cristo entiende su vida sin los suyos.

Pero no bastaba la cercanía que Pedro, Andrés, Santiago, Juan o cualquiera de aquellos discípulos podía disfrutar del Señor. El Señor buscaba una comunión más plena, por la cual el pudiera derramar toda su vida en el ser de los suyos y los suyos pudieran vivir su vida de Hijo Único de Dios. El papa plantea aquí cómo Cristo superó esta distancia, no sólo para con Pedro o Juan, sino también para con cada uno de nosotros.

Y para explicarlo trae dos pasajes del Evangelio –dos frases de Jesús- que resultan ciertamente chocantes. Veamos las dos escenas, no en el orden en que las cita el Papa, sino en el orden en que aparecen en el Evangelio según san Juan:

- Jn 12, 20-25

- Jn 14, 18-28

En las dos hace alusión a su propia muerte. Primero, con la imagen del grano de trino que ha de morir para dar fruto; luego con la expresión “me voy”. Sin embargo, la muerte, como señala el Papa es la separación definitiva. Toda relación se ve quebrantada y rota por ella. Así lo entendieron los discípulos de Emaús. Pero hay algo nuevo en la muerte de Jesús. También esto lo hemos comentado muchas veces: su entrega voluntaria, su obediencia a Dios, en contraste con la desobediencia del primer Adán. Y su amor. El papa podía haber dicho que la gran novedad consistía en que era el Hijo de Dios el que moría, el hijo de Dios hecho hombre. Pero lo que remarca es el amor que lo lleva a la muerte, el amor que le hace entregarse libremente a la muerte. Este amor perfecto del Hijo hecho hombre es el que derrota a la muerte, el que le hace entrar en el amor de Dios y le da un modo nuevo de presencia en el mundo: Cristo resucitado ha roto realmente la muerte, la barrera del hombre, la que le separa de la vida de Dios, y la que le separa de aquellos a los que ama. Si todo hombre experimenta el límite en su relación con los otros, incluso con los más cercanos, con el esposo, o con el hijo, o el amigo, y la muerte en la máxima expresión de esta separación, de este límite en el amor, Cristo lo ha roto con su amor perfecto. La victoria de Cristo no es sólo que él haya podido salir del sepulcro, sino que ha roto todo límite para el amor, todo límite entre Dios y el hombre. Por eso, el día de su resurrección comenzó una

nueva relación entre Dios y el mundo, entre Dios y el hombre. Desde ese Dios Cristo abraza todo: toda la historia y todo el universo. Por eso la Tradición de la Iglesia entendió siempre la resurrección de Cristo como una nueva y verdadera creación. Todo ha sido creado de nuevo. Con la resurrección de Cristo se ha inaugurado el Reino de los cielos y nosotros esperamos y pedimos su consumación: “Venga a nosotros tu reino”, “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús!”.

Esta nueva presencia de Cristo es más profunda y más inmediata que aquella de la que pudo disfrutar san Juan, cuando recostaba su cabeza en el pecho del Señor. Es la que describe san Pablo: “No soy yo, es Cristo, quien vive en mí” (Gal 2,20). Es la presencia de la que vosotros habéis empezado a disfrutar con la resurrección de Cristo, que coincide con vuestro bautismo.

Queridos amigos, se pone así de manifiesto, que las palabras misteriosas de Jesús en el Cenáculo ahora –mediante el Bautismo– se hacen de nuevo presentes para vosotros. Por el Bautismo el Señor entra en vuestra vida por la puerta de vuestro corazón. Nosotros no estamos ya uno junto al otro o uno contra el otro. Él atraviesa todas estas puertas. Ésta es la realidad del Bautismo: Él, el Resucitado, viene, viene a vosotros y une su vida a la vuestra, introduciéndoos en el fuego vivo de su amor. Formáis una unidad, sí, una sola cosa con Él, y de este modo una sola cosa entre vosotros. En un primer momento esto puede parecer muy teórico y poco realista. Pero cuanto más viváis la vida de bautizados, tanto más podréis experimentar la verdad de esta palabra. Las personas bautizadas y creyentes no son nunca realmente ajenas las unas para las otras. Pueden separarnos continentes, culturas, estructuras sociales o también acontecimientos históricos. Pero cuando nos encontramos nos conocemos en el mismo Señor, en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor, que nos conforman. Entonces experimentamos que el fundamento de nuestras vidas es el mismo. Experimentamos que en lo más profundo de nosotros mismos estamos enraizados en la misma identidad, a partir de la cual todas las diversidades exteriores, por más grandes que sean, resultan secundarias. Los creyentes no son nunca totalmente extraños el uno para el otro. Estamos en comunión a causa de nuestra identidad más profunda: Cristo en nosotros. Así la fe es una fuerza de paz y reconciliación en el mundo: la lejanía ha sido superada, estamos unidos en el Señor (cf. Ef 2, 13).

Esta naturaleza íntima del Bautismo, como don de una nueva identidad, está representada por la Iglesia en el Sacramento a través de elementos sensibles. El elemento fundamental del Bautismo es el agua; junto a ella está, en segundo lugar, la luz que, en la Liturgia de la Vigilia Pascual, destaca con gran eficacia. Echemos solamente una mirada a estos dos elementos. En el último capítulo de la Carta a los Hebreos se encuentra una afirmación sobre Cristo, en la que el agua no aparece directamente, pero que, por su relación con el Antiguo Testamento, deja sin embargo traslucir el misterio del agua y su sentido simbólico. Allí se lee: “*El Dios de la paz, hizo subir de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, en virtud de la sangre de la alianza eterna*” (cf. 13, 20). En esta frase resuena una palabra del Libro de Isaías, en la que Moisés es calificado como el pastor que el Señor ha hecho salir del agua, del mar (cf. 63, 11). Jesús aparece como el nuevo

y definitivo Pastor que lleva a cabo lo que Moisés hizo: nos saca de las aguas letales del mar, de las aguas de la muerte. En este contexto podemos recordar que Moisés fue colocado por su madre en una cesta en el Nilo. Luego, por providencia divina, fue sacado de las aguas, llevado de la muerte a la vida, y así –salvado él mismo de las aguas de la muerte– pudo conducir a los demás haciéndolos pasar a través del mar de la muerte. Jesús ha descendido por nosotros a las aguas oscuras de la muerte. Pero en virtud de su sangre, nos dice la Carta a los Hebreos, ha sido arrancado de la muerte: su amor se ha unido al del Padre y así desde la profundidad de la muerte ha podido subir a la vida. Ahora nos eleva de la muerte a la vida verdadera. Sí, esto es lo que ocurre en el Bautismo: Él nos atrae hacia sí, nos atrae a la vida verdadera. Nos conduce por el mar de la historia a menudo tan oscuro, en cuyas confusiones y peligros corremos el riesgo de hundirnos frecuentemente. En el Bautismo nos toma como de la mano, nos conduce por el camino que atraviesa el Mar Rojo de este tiempo y nos introduce en la vida eterna, en aquella verdadera y justa. ¡Apretemos su mano! Pase lo que pase, ¡no soltemos su mano! De este modo caminamos sobre la senda que conduce a la vida.

En segundo lugar está el símbolo de la luz y del fuego. Gregorio de Tours narra la costumbre, que se ha mantenido durante mucho tiempo en ciertas partes, de encender el fuego para la celebración de la Vigilia Pascual directamente con el sol a través de un cristal: se recibía, por así decir, la luz y el fuego nuevamente del cielo para encender luego todas las luces y fuegos del año. Esto es un símbolo de lo que celebramos en la Vigilia Pascual. Con la radicalidad de su amor, en el que el corazón de Dios y el corazón del hombre se han entrelazado, Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra –la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma el ser del hombre. Él ha traído la luz, y ahora sabemos quién es Dios y cómo es Dios. Así también sabemos cómo están las cosas respecto al hombre; qué somos y para qué existimos. Ser bautizados significa que el fuego de esta luz ha penetrado hasta lo más íntimo de nosotros mismos. Por esto, en la Iglesia antigua se llamaba también al Bautismo el Sacramento de la iluminación: la luz de Dios entra en nosotros; así nos convertimos nosotros mismos en hijos de la luz. No queremos dejar que se apague esta luz de la verdad que nos indica el camino. Queremos preservarla de todas las fuerzas que pretenden extinguirla para arrojarnos en la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. La oscuridad, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz. En las promesas bautismales encendemos, por así decir, nuevamente, año tras año esta luz: sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno; han sido creados por Dios omnipotente. Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección se ha manifestado el Rostro de Dios; que en Él Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno. Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra verdadera e ilumina nuestro corazón; creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. El Señor nos ha dado la luz de la verdad. Esta luz es también al mismo tiempo fuego, fuerza de Dios, una fuerza que no destruye, sino que quiere transformar nuestros corazones, para que nosotros seamos realmente hombres de Dios y para que su paz actúe en este mundo.

En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el Obispo o el sacerdote después de la homilía exhortara a los creyentes exclamando: “Conversi ad Dominum” –volvemos ahora hacia el Señor. Eso significaba ante todo que ellos se volvían hacia el Este –en la dirección del sol naciente como señal del retorno de Cristo, a cuyo encuentro vamos en la celebración de la Eucaristía. Donde, por alguna razón, eso no era posible, dirigían su mirada a la imagen de Cristo en el ábside o a la Cruz, para orientarse interiormente hacia el Señor. Porque, en definitiva, se trataba de este hecho interior: de la conversión, de dirigir nuestra alma hacia Jesucristo y, de ese modo, hacia el Dios viviente, hacia la luz verdadera. A esto se unía también otra exclamación que aún hoy, antes del Canon, se dirige a la comunidad creyente: “Sursum corda” –levantemos el corazón, fuera de la maraña de todas nuestras preocupaciones, de nuestros deseos, de nuestras angustias, de nuestra distracción– levantad vuestros corazones, vuestra interioridad. Con ambas exclamaciones se nos exhorta de alguna manera a renovar nuestro Bautismo: *Conversi ad Dominum* –siempre debemos apartarnos de los caminos equivocados, en los que tan a menudo nos movemos con nuestro pensamiento y obras. Siempre tenemos que dirigirnos a Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Siempre hemos de ser “convertidos”, dirigir toda la vida a Dios. Y siempre tenemos que dejar que nuestro corazón sea sustraído de la fuerza de gravedad, que lo atrae hacia abajo, y levantarlo interiormente hacia lo alto: en la verdad y el amor. En esta hora damos gracias al Señor, porque en virtud de la fuerza de su palabra y de los santos Sacramentos nos indica el itinerario justo y atrae hacia lo alto nuestro corazón. Y lo pedimos así: Sí, Señor, haz que nos convirtamos en personas pascuales, hombres y mujeres de la luz, colmados del fuego de tu amor. Amén.

C) Oración antes del Padre Nuestro:

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".³⁰

Se rezan las oraciones del Padre Nuestro, Regina Caeli y Gloria.

³⁰ SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística nº65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág. 121

Catequesis 4:

Preparación a la primera Confesión.

Sacramento de la Penitencia y Reconciliación.

Esta catequesis tiene por objeto preparar para la primera confesión que se hará después del bautismo, en la etapa mistagógica. No hay un día fijado, pero sería conveniente que se confesara antes de que terminaran las catequesis, en un acto penitencial de la parroquia si lo hubiera o en cualquier otro momento. Hay que explicarle al neófito, que siempre que necesite (es conveniente que sea frecuentemente) confesarse puede pedirlo a cualquier sacerdote.

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 296-312, 200-201,367-369,392-400

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

La oración inicial como en la catequesis 1, Pág. 3

B) Catequesis

Queridos “elegidos”, en las catequesis anteriores hemos estado repasando vuestro nacimiento a la vida cristiana la Noche de Pascua y profundizando en el significado de los sacramentos que vais a recibir. Estas catequesis llamadas mistagógicas buscan ayudaros a desentrañar la gracia de vuestro próximo Bautismo como si se tratase de desenvolver un enorme, precioso e incalculable regalo que vais a recibir. La catequesis de hoy busca introducirnos a otro sacramento que aún no habéis vivido y que será de vital importancia en vuestra vida cristiana: el sacramento de la Penitencia también llamado de la Confesión o de la Reconciliación.

Durante el largo camino del catecumenado habéis descubierto que ser cristiano supone un modo concreto de vivir que abarca todas las dimensiones de vuestra existencia. El camino catecumenal os ha preparado para abrazar un nuevo modo de vida siguiendo el camino de Cristo, junto a Él, en la gran familia de la Iglesia. Recibir el sacramento del Bautismo será para vosotros un nuevo inicio, un nuevo nacimiento que marca el comienzo de una vida nueva. Al poco de renacer de la fuente bautismal seréis revestidos con una túnica blanca, signo de vuestra nueva condición de cristianos revestidos de Cristo. El color blanco de esa túnica os recuerda la santidad y pureza de vida a la que estaréis llamados cuando seáis cristianos. Pero, ¿qué ocurre si nuestro nuevo vestido pierde su blancura o se mancha?

El Bautismo borrarán en vosotros los pecados cometidos antes de ser cristianos, por eso habéis estrenado un nuevo corazón y un nuevo inicio purificados y lavados de vuestra vida anterior; pero, ¿es suficiente eso para no volver a pecar? La experiencia os demostrará, quizá ya lo esté haciendo, que el cambio que la Gracia efectúa en nuestro corazón es progresivo, y que aunque ya seáis plenamente cristianos y vuestros pecados sean plenamente perdonados y

borrados, seguís necesitados de conversión para vivir según Cristo porque vuestras debilidades y defectos siguen existiendo.

Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

-1425 “Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor 6,11). Es preciso darse cuenta de la grandeza del don de Dios que se nos hace en los sacramentos de la iniciación cristiana para comprender hasta qué punto el pecado es algo que no cabe en aquel que “se ha revestido de Cristo” (Gál 3,27). Pero el apóstol S. Juan dice también: “Si decimos: ‘no tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1 Jn 1,8). Y el Señor mismo nos enseñó a orar: “Perdona nuestras ofensas” (Lc 11,4) uniendo el perdón mutuo de nuestras ofensas al perdón que Dios concederá a nuestros pecados.

-1426 La conversión a Cristo, el nuevo nacimiento por el Bautismo, el don del Espíritu Santo, el Cuerpo y la Sangre de Cristo recibidos como alimento nos han hecho

“*santos e inmaculados ante él*” (Ef 1,4), como la Iglesia misma, esposa de Cristo, es “*santa e inmaculada ante él*” (Ef 5,27). Sin embargo, la vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama concupiscencia, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios (cf DS 1515). Esta lucha es la de la conversión con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos (cf DS 1545; LG 40).

Y la experiencia diaria nos confirma que es así. Seguimos necesitados de conversión y muchas veces experimentamos las consecuencias de nuestra debilidad. Pero el Señor no nos abandona y de igual manera que nos regaló un sacramento que inicia la vida cristiana en nosotros uniéndonos existencialmente a Él para siempre, nos regala los medios necesarios para avanzar en la vida sin alejarnos de Él. Por esto hablamos de los sacramentos como medios eficaces de la Gracia a través de los cuales Dios actúa verdaderamente en nosotros. Entre los sacramentos hay dos que llamamos sacramentos de curación, porque son la acción de Dios en los momentos de debilidad y enfermedad: el sacramento de la penitencia (para la enfermedad del alma) y el sacramento de la unción de los enfermos (con miras también a la enfermedad del cuerpo).

Para el cristiano es vital aprender a vivir bien el sacramento de la penitencia, por eso hoy queremos introducirnos en este sacramento y prepararos para que empecéis a recibirlo.

Jesús mismo después de resucitar dio a sus discípulos la autoridad para perdonar los pecados: “*Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes no se los perdonéis, les quedarán sin perdonar*” Jn 20, 22-23. Desde entonces la Iglesia ha comprendido que existe un modo concreto de pedir y recibir el perdón de nuestros pecados.

Para asegurar la salud espiritual de sus hijos, nuestra madre la Iglesia nos dice que como mínimo nos acerquemos a este sacramento una vez al año. Y por supuesto siempre que tengamos conciencia de haber cometido un pecado mortal y haber perdido la comunión con Dios. En estado de pecado mortal no podremos acercarnos a la Eucaristía, primero

necesitamos recibir el perdón. Pero la Iglesia también nos enseña que la confesión frecuente es muy importante para el crecimiento del cristiano, aunque sea solo confesión de faltas leves. En la medida en que crece nuestro amor a Dios más nos dolerá fallar a su amor con cualquier pecado, por pequeño que sea. Por eso la confesión una vez al año se queda corta para quien quiere de verdad vivir con Cristo.

Veamos ahora los pasos de los que consta el sacramento de la Penitencia:

1. **Examen de conciencia:** Nadie puede pedir perdón si no es consciente que hay algo que no ha hecho bien. Por esto el primer paso para acercarnos a la Confesión es examinar nuestra conciencia a la luz del Espíritu Santo. Esto quiere decir que, pidiendo al Señor que nos ayude a mirar nuestra vida en verdad, repasamos nuestras acciones, pensamientos, deseos, etc, para identificar en cuáles de estos no hemos obrado según nos enseñó Cristo, y por tanto, con ellos hemos faltado a su amor y herido a los demás y a nosotros mismos. Este examen se puede hacer repasando los Mandamientos que ya conocéis de las catequesis pasadas; pero es muy importante caer en la cuenta que la esencia del pecado no es la mera transgresión de una norma sino principalmente una falta de amor, y que es el amor lo que nos mueve a pedir perdón.
2. **Dolor de los pecados: nace de la conciencia de haber faltado al amor de Dios. Es lo que** llamamos la contrición que el catecismo define como “un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver pecar” (1451). Existe una llamada “*contrición imperfecta*” que no nace del amor a Dios sino de considerar la fealdad del pecado cometido y del temor a la condenación eterna. Esta contrición es un primer paso para la otra, la que es movida por el amor, y ambas son posibles gracias al impulso del Espíritu Santo.
3. **Propósito de la enmienda:** el dolor por el pecado y el arrepentimiento si son verdaderos van unidos a un deseo de reparar, en la medida en que sea posible, el daño que hemos causado con nuestros pecados y el propósito de corregir aquello que me inclina o me lleva a pecar, deseando no volver a pecar.
4. **Decir los pecados al confesor:** La confesión de los pecados hecha al sacerdote constituye una parte esencial del sacramento de la penitencia. Es un acto de fe en que es Jesucristo el que recibe mi arrepentimiento y perdona mis pecados, es un acto de fe en la mediación de la Iglesia y un acto de humildad y penitencia. La mediación objetiva del confesor nos recuerda que no nos perdonamos a nosotros mismos, que es Jesucristo el que nos regala el perdón y nos da la certeza de que somos realmente perdonados e interiormente reconstruidos. Esta confesión obliga a decir en voz alta todos los pecados graves, todavía no previamente confesados, de los que seamos conscientes, tanto en su especie como en su número y circunstancias importantes que ayuden a atenuar o agravar su culpa, pero sin necesidad de explicarlos en detalles morbosos o inconvenientes ni dar justificaciones banales de los mismos pero diciendo con claridad y verdad aquello en lo que hemos pecado. Ocultar consciente un pecado grave hace que no quede perdonado. El examen de conciencia nos prepara para este momento y contamos con la acción del Espíritu que nos ayuda a hacer una buena confesión.

5. **Cumplir la penitencia: antes de recibir el perdón el sacerdote nos suele exhortar con** algunas palabras animándonos a perseverar en la fe y a luchar contra el pecado; y nos impone una penitencia que el penitente tiene el derecho de aceptar, consistente en una acción a realizar con sentido de reparación y satisfacción por el mal que hemos hecho y como signo de agradecimiento por el perdón recibido. La penitencia puede ser una oración, un acto de piedad, de caridad, de restitución de lo robado, o de la honra o reputación que hayamos herido al pecar, etc. Para que el sacramento sea completo debo cumplir la penitencia que me sea impuesta.

El sacramento de la Confesión termina con la fórmula de absolución que el sacerdote dice sobre el penitente a la que éste responde con la señal de la cruz:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacramento de la Penitencia perdona los pecados y nos restituye la gracia de Dios uniéndonos más estrechamente al Él, por eso decimos que es vital para la vida cristiana. Poco a poco iréis aprendiendo a confesaros, lo importante es que desde el inicio de vuestra existencia como cristianos cuidéis y frecuentéis este sacramento para experimentar en él el abrazo misericordioso de Dios. Por eso no podemos olvidar que la Confesión siempre está unida a una gran alegría: la alegría del que es perdonado, la alegría de la Iglesia al ver a sus hijos sanar, y, sobre todo, la alegría de Dios por seguir venciendo el pecado en nosotros. Jesucristo nos enseñó cuán grande es esa alegría en el cielo por cada pecador que pide perdón, veámoslo en el evangelio:

C) Lecturas y Exhortación (elige dos o tres de estas lecturas)

-Lc 15

En este capítulo del Evangelio de San Lucas encontramos las llamadas “*Parábolas de la misericordia*” que nos introducen en el sentido profundo del sacramento de la Penitencia y aquello que es su esencia: la misericordia infinita de Dios que no deja de buscarnos, de perdonarnos y de alegrarse cada vez que nuestro arrepentimiento llama a su puerta.

-Lc 11,4;

-Jn 20, 22-23

-1 Cor 6,11

-Gál 3,27

-Ef 1,4

-Ef 5,27

-1 Jn 1,8

Hoy leeremos y comentaremos brevemente los números del *Compendio del Catecismo*, nº 296-312, 200-201, 367-369, 392-400

D) Oración antes del Padre Nuestro:

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".³¹

Se rezan las oraciones del Padre Nuestro, Regina Caeli y Gloria.

³¹ SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística nº 65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág. 121

Catequesis 5:

Unción de enfermos.

A) Saludo del presidente y oración inicial

La oración inicial como en la catequesis 1, Pág. 3

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 313-320

B) Catequesis

En esta última etapa son centrales en nuestra catequesis los sacramentos, pues, a partir de ahora, serán el lugar ordinario donde os encontraréis con Cristo, y recibiréis su gracia y su fuerza.

El sacramento de la Unción de enfermos forma parte del septenario sacramental, es decir, que tiene lugar en la vida de la Iglesia desde los primeros tiempos del cristianismo (el texto que mejor lo testimonia es Sant 5,13-16), aunque solo progresivamente haya prendido en la Iglesia misma la conciencia de su índole propiamente sacramental.

La Unción de enfermos responde al designio divino de que la universalidad de la Salvación por Cristo alcance a todos los hombres, sean cuales sean sus circunstancias personales. Ciertamente, también a los enfermos graves quiere Dios alcanzar con su gracia, no solo en tanto que cristianos sino también en tanto en cuanto que son precisamente enfermos. Por medio de este sacramento se pone así de manifiesto y se intensifica el hecho de que el Señor nos acompaña también en las dolencias corporales graves y que éstas, ofrecidas y sobrellevadas con intención recta y cristiana por parte del que las padezca, le ayudarán en su camino de santificación personal. Se convierte así la enfermedad en ámbito de manifestación de la misericordia de Dios y en lugar para el ejercicio de la esperanza cristiana (Benedicto XVI, Encíclica *Spe Salvi*, nº 36-40).

Cristo mismo sufrió las fatigas y las debilidades inherentes a nuestra condición humana, menos el pecado mismo (cfr. Heb 4,15). Pero la enfermedad como tal es consecuencia misteriosa del pecado. La vivencia cristiana de la enfermedad nos tiene que ayudar, no obstante, en nuestro camino de purificación y renovación espiritual, desde nuestra configuración con Cristo Redentor. Podremos lograr de la enfermedad, de ese modo, que suponga para nosotros un espacio de colaboración con la obra redentora del Señor, “completando así cada uno lo que falta a la Pasión de Cristo” (cfr. Col 1,24). El enfermo cristiano se siente unido al Señor que, pese a ser inocente, sufrió por nosotros para liberarnos de nuestro pecado y, en definitiva para liberarnos también del dolor y de la muerte, aunque los efectos de ello únicamente los alcanzaremos plenamente en la vida eterna; pero el dolor y la muerte, en su raíz, hicieron su entrada en el mundo de la mano del pecado (cfr. Rom 5,12).

El sacramento de la Unción de enfermos, por tratarse de un verdadero sacramento, fue instituido por Jesucristo y obtiene su gracia y virtud, al igual que los sacramentos restantes, del misterio de la Cruz y Resurrección del Señor. La Unción de enfermos produce un efecto

de sanación, con independencia de las cualidades o virtudes del que lo administra o del que lo recibe, aunque parte de su poder salvífico se halla en cierta relación con las condiciones y disposiciones del ministro y, sobre todo, del sujeto o receptor del sacramento. La sanación que trae consigo el sacramento toca directamente al alivio del cuerpo del enfermo y a su bienestar físico-psíquico como tal, hasta el punto de que puede resultar, en ciertos casos así previstos por la divina Providencia, en una verdadera sanación corporal. Es efecto correlativo de este sacramento su incidencia sanadora también incluso en el plano estrictamente espiritual. Por ello se entiende que la Unción de enfermos se posicione entre los así denominados sacramentos de curación. En la lista tridentina de los sacramentos quedaba ubicado en quinto lugar, justo detrás del otro sacramento de curación por excelencia, a saber, el sacramento de la penitencia o reconciliación, con el que, hasta cierto punto, podemos decir que hace pareja; en ese orden se halla también hoy su exposición en el Código, el Catecismo y el Compendio.

Hay asimismo escenas de la vida del Señor que suponen la adecuada fundamentación evangélica a este sacramento, toda vez que Jesús mismo se hacía próximo a los enfermos, y los curaba, o se los traían a Él, en particular los leprosos (por ejemplo Lc 17,11-18), los tullidos o paráliticos, pero también, por ejemplo, los sordos, los ciegos y hasta los endemoniados, y todo ello como signo de la revelación en Cristo del Reino de Dios (cfr. Lc 7,18-23; 11,14-26). Cristo mismo incide en ocasiones en que estas enfermedades guardan relación con el pecado, de un modo misterioso que no alcanzamos a comprender (cfr. Mt 9,1-8), si bien hemos de evitar, tal y como igualmente lo procura el propio Jesús en ciertos momentos, que se pueda vincular equívocamente la enfermedad concreta de una persona con sus pecados personales o con una suerte de castigo divino sobre ella (cfr. Jn 9,2-3). Por el contrario, bien sabemos que la enfermedad es una dolorosa situación que Dios, con frecuencia, permite más que nada para obrar la purificación moral y espiritual de la persona que la sufre y de quienes la acompañan (cfr. Jn 11,4). Otra enseñanza que se desprende de este cuidado, tantas veces prodigioso del Señor hacia los enfermos, es que la enfermedad no es en sí un mal absoluto sino siempre una oportunidad potencial para un encuentro intenso con la obra de la salvación y misericordia de Dios: Ninguna persona, por enferma en que se halle, ha de desesperar de vislumbrar un sentido cristiano y un consuelo real para su sufrimiento. Por otra parte, el máximo respeto que nos merece cada instante de la vida humana de toda persona, y esto no solo por convicción religiosa sino además por simple sentido ético y social, nos impide terminantemente apresurar por vía directa o consentirlo, sea por acción o por omisión, el fallecimiento de un enfermo mediante cualquier manera de eutanasia activa o pasiva. Esta prescripción presenta la exigencia de luchar por una cultura de la vida y no del “descarte” de los que, como apunta el Papa Francisco (por ejemplo en su discurso del 13-01-14), parece que ya no son útiles a la sociedad de consumo a causa de su enfermedad o vejez. Todo ello no excluye la bondad innata de los cuidados médicos paliativos que, administrados en medida justa y proporcionada, garanticen en todo lo posible el bienestar físico del enfermo, incluso si con estos cuidados se asume el riesgo de un empeoramiento de sus condiciones clínicas: Siempre que como tal no sea algo expresa y directamente buscado por parte del personal médico responsable. Dicho esto es también reprochable el así llamado encarnizamiento terapéutico, que pretende la prolongación

artificial de la vida del enfermo. A estos propósitos es muy útil y recomendable para un cristiano la redacción de un “testamento vital”.

Como todos los demás sacramentos, también la Unción de enfermos precisa de unos requisitos imprescindibles para su realización válida. La forma del sacramento consiste en las siguientes palabras, pronunciadas por el ministro legítimo: «Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que te libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad», a la vez que se procede a la unción corporal. El ministro del sacramento ha de ser habitualmente un sacerdote con la debida jurisdicción pastoral, pero por causa razonable puede cualquier sacerdote en ejercicio administrar este sacramento. La materia del sacramento es óleo de la oliva; de ordinario trátase de aquel óleo previamente bendecido por el Obispo diocesano en la última Misa Crismal, pero por causa justificada cualquier óleo de oliva puede ser debidamente utilizado. También es requerida la intención de administrar y recibir el sacramento según la doctrina de la Iglesia acerca del mismo.

Otros elementos de este sacramento que de ordinario son igualmente necesarios para su celebración, aunque no lo sean estrictamente para su validez, implican la realización de un acto de contrición, la proclamación de alguna lectura breve y adecuada de la Palabra de Dios, conforme al ritual propio, la imposición de manos del ministro sobre la cabeza del enfermo y la bendición del óleo o la oración de acción de gracias sobre el óleo ya bendecido. Está previsto por el ritual que todos o parte de estos elementos se abrevien o se supriman en caso de necesidad o por motivos justificados de objetiva incomodidad en la digna colación del sacramento, y más aún especialmente en el caso de peligro de fallecimiento inminente por parte del enfermo.

Destinatarios de este sacramento han de ser siempre cristianos bautizados notablemente enfermos y que hayan superado la primera infancia, pero no se ha de entender solamente los moribundos in extremis, sino también los enfermos graves en general, incluso las personas de una edad avanzada de las que conste una merma considerable de sus fuerzas naturales, incluso aunque en un caso y en el otro no parezca cercana la hora de la muerte. Toda vez que se produzca un agravamiento sensible de las condiciones del enfermo puede estar justificada la reiteración del sacramento. También es lícita la administración sobre sujetos ordinariamente sanos pero que por causa de una dolencia grave deben someterse a una intervención quirúrgica de cierto riesgo, es decir, generalmente aquellas operaciones hospitalarias que conllevan anestesia total.

La colación de este sacramento en España puede administrarse individual o colectivamente, y se puede unir al sacramento de la reconciliación o penitencia y a la administración de la comunión fuera de la misa, siguiendo normalmente ese orden entre los tres. Si el peligro de muerte fuese inminente, entonces se recomienda la administración de los tres sacramentos con la comunión en forma de viático, anteponiendo en este caso en primer lugar la confesión sacramental, si fuera ésta posible.

La Unción de enfermos, con las debidas disposiciones del sujeto, limpia al menos de los pecados veniales, al igual que lo hacen otros ritos sacramentales de la Iglesia, pero no sustituye la necesidad de la confesión sacramental. Por eso la Iglesia urge a que no aguarden

los enfermos o sus familias a un momento de inconsciencia del enfermo para reclamar la presencia de sacerdote y la administración de la Unción. En cualquier caso, la Unción es en sí misma, en cuanto sacramento, una acción salvífica de Dios, y en lo posible se debe administrar incluso en personas sedadas o comatosas; también si se duda de su muerte se recomienda administrarlo “*sub condicione*”.

En definitiva aparece manifiesto que el Quinto Sacramento es expresión muy apreciable de la misericordia de Dios y de la bondadosa maternidad de la Iglesia, que acompaña a sus hijos bautizados en el supremo instante de su paso de esta muerte a la vida verdadera.

C) Lecturas y Exhortación (elige dos o tres de estas lecturas)

Los textos bíblicos de referencia se encuentran citados a lo largo del texto anterior:

- 1) Mt 9,1-8
- 2) Lc 7,18-23
- 3) Lc 11,14-26
- 4) Lc 17,11-18
- 5) Jn 9,2-3
- 6) Jn 11,4
- 7) Rom 5,12
- 8) Col 1,24
- 9) Heb 4,15
- 10) Sant 5,13-16

Compendio del Catecismo n° 313-320.

D) Oración antes del Padre Nuestro:

¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".³²

Se rezan las oraciones del Padre Nuestro, Regina Caeli y Gloria.

³² SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística n°65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág.121

Catequesis 6:

El Sacramento del Orden Sacerdotal.

A) Saludo del presidente y oración inicial

La oración inicial como en la catequesis 1, pag 3

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 322-336

B) Catequesis

El pueblo de Israel tenía sacerdotes, de la tribu de Leví, que habían sido establecidos “para intervenir en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Heb 5,1). Su función por tanto dentro del pueblo era anunciar la palabra de Dios, orar e interceder por el pueblo y ofrecer los sacrificios.

Pero estos sacrificios eran expresión de un deseo de volver a la comunión con Dios pero no podían ser eficaces. Es el sacrificio de Cristo el único que puede devolver al hombre a la comunión con Dios.

Por eso afirmamos que Jesucristo es Sumo y Eterno Sacerdote, ya que es el único mediador entre Dios y los hombres, y el que ofrece el único sacrificio que es eficaz, que es su muerte en Cruz.

Cristo, sumo sacerdote y único mediador, ha hecho de la Iglesia “un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (Ap 1,6; cf. Ap 5,9-10; 1 P 2,5.9). Al ser el nuestra cabeza, toda la comunidad de los creyentes es, como tal, sacerdotal. Los fieles ejercen su sacerdocio bautismal a través de su participación, cada uno según su vocación propia, en la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación los fieles son “consagrados para ser un sacerdocio santo”. Es lo que denominamos “sacerdocio común de los fieles”.

Pero algunos son llamados a ejercer este sacerdocio de un modo particular con una diferencia esencial; por eso dentro de los sacramentos al servicio de la comunidad, el Orden es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos: es, pues, el sacramento del ministerio apostólico.

El sacerdocio ministerial difiere esencialmente (y no solo de “grado”, según leemos en LG 10) del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder sagrado para el servicio de los fieles. Este “poder sagrado” es el poder de Cristo, que se hace visible como Cabeza y Esposo de la Iglesia a través de los ministros, y también como Pastor, Sumo Sacerdote y Maestro, de forma que sigue pastoreando, enseñando e intercediendo por su pueblo. Esta es la razón por la que los ministros ordenados ejercen su servicio en el pueblo de Dios mediante la enseñanza, el culto divino y el gobierno pastoral.

Esta presencia de Cristo en el ministro no debe ser entendida como si éste estuviese exento de todas las flaquezas humanas, del afán de poder, de errores, es decir, del pecado. No todos los actos del ministro son garantizados de la misma manera por la fuerza del Espíritu Santo. Mientras que en los sacramentos esta garantía es dada de modo que ni siquiera el pecado del ministro puede impedir el fruto de la gracia del sacramento “ex opere operato”, existen muchos otros actos, incluso en elementos del organismo sacramental de la Iglesia, en que la condición humana del ministro deja huellas que no son siempre el signo de la fidelidad al evangelio y que dañan la misión de la Iglesia.

Como la oración y la ofrenda de la Iglesia son inseparables de la oración y la ofrenda de Cristo, su Cabeza. El sacerdocio ministerial no tiene solamente por tarea representar a Cristo –Cabeza de la Iglesia– ante la asamblea de los fieles; actúa también en nombre de toda la Iglesia cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el Sacrificio Eucarístico.

Dentro del sacramento del orden hay tres grados:

- Los obispos: Por la consagración episcopal reciben la plenitud el Sacramento del Orden. En esta consagración reciben la gracia del Espíritu Santo, que les marca para siempre como sucesores de los Apóstoles. Por eso de forma visible hacen las veces del mismo Cristo y actúan en su nombre, siendo los pastores que gobiernan, los maestros que enseñan y los pontífices que santifican al Pueblo de Dios que se les encomienda en una Iglesia Particular (un grupo de fieles que viven en un territorio -fundamentalmente las diócesis- o que está vinculado por unas características peculiares -como los ordinariatos y prelaturas-) a la vez que están unidos en su corresponsabilidad por todas las Iglesias. Los Obispos están unidos por un vínculo de colegialidad con los demás obispos y muy especialmente al Obispo de Roma, el Papa, que es vínculo de unidad y de caridad para toda la Iglesia. Los Obispos por tanto gobiernan una Iglesia local, se preocupan de enseñar al Pueblo de Dios a través del Magisterio y sus intervenciones particulares o unidos a otros obispos, y santifican mediante los sacramentos, siendo los únicos que pueden conferir todos los sacramentos, y aquellos instrumentos que Dios ha dado a su Iglesia para transmitir la Gracia de Cristo.

- Los presbíteros (habitualmente se les llama simplemente “sacerdotes”): son los colaboradores de los obispos. Ya desde muy pronto se vio la necesidad de colaboradores que ayudasen a los Obispos a realizar su labor. Por la ordenación reciben el Espíritu Santo que les marca para siempre con su sello y reciben el poder de representar a Cristo Cabeza en comunión con su obispo. Participan de las funciones de enseñar a través de la catequesis y la predicación, de gobernar en aquello que el obispo les delegue o encomiende -como una parroquia- y de santificar a través de los sacramentos (excluyendo el Orden Sacerdotal que solo lo confiere el obispo, y la Confirmación aunque hay excepciones en la administración de la misma), y también los sacramentales, concretamente y sobre todo las exequias y bendiciones.

- Los diáconos: Propiamente no ejercen el sacerdocio sino un servicio a la comunidad. Son ministros ordenados pero no tienen un sacerdocio ministerial. También ellos reciben el sello indeleble del Espíritu Santo que los configura con Cristo que se hizo servidor de todos

por amor. Por eso su función principal es colaborar con el Obispo en el ministerio de la caridad. Por tanto, su participación en el gobierno es limitada sobre todo al ejercicio de la caridad, en la enseñanza proclaman el Evangelio y pueden predicar, y en la misión de santificar asisten al obispo y a los presbíteros en la celebración de la Eucaristía y en la distribución de la misma; pueden asistir además a la celebración del matrimonio y lo bendicen, y también bautizan y presiden las exequias.

El Sacramento del Orden tiene un rito que expresa a través de una rica variedad de signos la configuración con Cristo según el modo propio de cada grado. El rito esencial del sacramento del Orden está constituido, para los tres grados, por la imposición de manos del obispo sobre la cabeza del ordenando, así como por una oración consecratoria específica, para cada grado, que pide a Dios la efusión del Espíritu Santo y de sus dones apropiados al ministerio para el cual el candidato es ordenado. Pero no hay tres órdenes sino tres grados dentro del mismo Orden ministerial.

El sacramento del Orden es el único que está reservado solo para varones ya que como expresa el Código de Derecho Canónico “Sólo el varón (vir) bautizado recibe válidamente la sagrada ordenación” (canon 1024).

La razón de esto estriba en que el Señor Jesús eligió a varones para formar el colegio de los doce Apóstoles, y los Apóstoles hicieron lo mismo cuando eligieron a sus colaboradores que les sucederían en su tarea. El colegio de los obispos, con quienes los presbíteros están unidos en el sacerdocio, hace presente y actualiza, hasta el retorno de Cristo, el colegio de los Doce. La Iglesia se reconoce vinculada por esta decisión del Señor.

Este sacramento no es un derecho. Nadie tiene derecho a recibir el sacramento del Orden. Al sacramento se es llamado por Dios. Quien cree reconocer las señales de la llamada de Dios al ministerio ordenado, debe someter humildemente su deseo a la autoridad de la Iglesia, a la que corresponde la responsabilidad y el derecho de llamar a recibir este sacramento. Como toda gracia, el sacramento sólo puede ser recibido como un don inmerecido.

La Iglesia latina pide a los candidatos a la ordenación presbiteral, ya cuando son ordenados diáconos, que vivan y se comprometan a vivir para siempre como célibes. La Iglesia latina, de ordinario, solo llama al ministerio a los que han recibido este carisma. La razón de esto es que están llamados a consagrarse totalmente al Señor y a sus “cosas”, y por tanto se entregan enteramente a Dios y a los hombres. El celibato es un carisma y un signo de esta vida nueva al servicio de la cual es consagrado el ministro de la Iglesia; aceptado con un corazón alegre, anuncia de modo radiante el Reino de Dios.

También existe la figura del diácono permanente, para la que se elige a hombres casados y con un recorrido de vida familiar. En países de misión su figura es muy importante.

C) Lecturas y Exhortación

- Jesucristo Sumo y eterno Sacerdote. **Hebreos 5, 1-10:**

Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidad. A causa de ella, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy; o, como dice en otro pasaje: Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.

- Pueblo Sacerdotal. **Apocalipsis 5, 9-10:**

Y cantan un cántico nuevo: «Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes, y reinarán sobre la tierra».

- Elección de los Doce. **Mt 10, 1-4:**

Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó.

- Diáconos. **Hch 6, 1-6:**

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas. Los Doce, convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron: «No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra». La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando.

Lectura y explicación del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 322–336

D) Oración antes del Padre Nuestro:

*¡Hombre, no te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, de golpe, recibiste la gracia de Cristo, se te perdonaron todos los pecados! De mal siervo que eras fuiste hecho hijo bueno. Por ello no presumas de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. "Porque por gracia habéis sido salvados", dice el Apóstol. Esto no es presunción sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo, y dile: "Padre nuestro".*³³

Se rezan las oraciones del Padre Nuestro, Ave Caeli y Gloria.

Y A PARTIR DE AHORA, ¿QUÉ?

Ya has terminado el Catecumenado pero no has llegado a la meta, justo ahora es cuando empiezas a vivir una vida preciosa como hijo de Dios. A partir de este momento los catequistas siguen estando a tu disposición, pero ahora sois Dios y tú quienes marcáis el ritmo. Como has comprobado en estos años, solo Él puede llenar tu corazón y hacerte plenamente feliz.

PARA FINALIZAR, TE HACEMOS UNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA SEGUIR CRECIENDO.

Después de estos dos cursos, en esta catequesis queremos recordarte algunos puntos importantes para que puedas seguir creciendo en la vida de fe.

En el camino que te queda por delante, no olvides:

- Un rato de oración diaria. Dedicar un rato de silencio, el tiempo que tú consideres, para leer la Palabra de Dios y meditarla.
- Misa dominical. Es imprescindible, es tu alimento, tu fortaleza. Si puedes ir algún día entre semana, aprovecharás mejor este Bien infinito.

³³ SAN AMBROSIO, *Los Sacramentos*, libro V, 19. Biblioteca de Patrística nº65. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 2005. pág. 121

- Una comunidad o grupo parroquial donde puedas vivir la fe acompañado. Ningún cristiano vive la fe aisladamente.
- Un sacerdote, catequista o padrino que te acompañe y pueda ayudarte en los momentos buenos y en los malos.
- Confesión frecuente, no dejes pasar mucho tiempo sin confesarte. Necesitamos confesar nuestros pecados y recibir el abrazo de misericordia de Dios.
- Busca dónde entregarte: en la parroquia, en obras de caridad, en tu familia...pregunta y ofrécete.
- Se apóstol en tu trabajo, con tus amigos... ¡allá donde te muevas! que tus obras y tus palabras hablen de Aquel a quien has conocido.
- Reza el rosario diariamente, y si es posible, en familia, porque ¡familia que reza unida, permanece unida!
- Visita a Jesucristo en alguna capilla o Iglesia. Él está esperando tu compañía siempre, quiere darse a ti en ese rato de oración y tú seguro que también tienes mucho que contarle.